

DON CARLOS CASANUEVA

¿Quién que lo conoció podría olvidarlo? Pequeño y enjuto, con su sotana manchada, su capa raída y su arcaica “teja” con las alas sostenidas por cordones, inteligente, afectuoso y jovial, siempre afanado, prestando servicios y pidiendo servicios, no para él sino para los demás, su figura era legendaria en el Santiago de aquel tiempo.

A las 5 de la madrugada, un poderoso despertador le avisaba a don Carlos que su corto descanso había terminado y que había que salir de la cama y ponerse a trabajar. Se iba a pié a la Iglesia de San Ignacio que fue, a lo largo de toda su vida, el corazón de su vida espiritual. Allí se unía a las misas que celebraban los Padres Jesuitas en los diversos altares, rezaba parte de su oficio divino y meditaba y oraba largamente. A las 8^{AM} estaba de vuelta en Las Agustinas -parte de un antiguo convento del tiempo de la Colonia, donde él vivía. Celebraba su misa en la Iglesia, que aun existe. Tomaba su frugal desayuno. Y a las 9^{AM} partía a sus innumerables quehaceres, siempre lleno de mil proyectos, siempre agobiado por mil afanes. Mientras vivió su madre –la nieta regalona de don Andrés Bello- fue todos los días a almorzar a su casa y, luego, descansaba algunos minutos. Y seguía con sus afanes, en la Universidad o en la calle o donde fuera. Hacia las 9^{PM}, llegaba, agotado pero animoso, a comer con los que compartíamos su techo y su mesa. La cena era pobre pero don Carlos animaba todo con su alegría, su sentido del humor, su arte para narrar los mil episodios de su vida, su experiencia de los hombres, su simpatía. A las 10 de la noche, volvía a la Iglesia a terminar su oficio. A las 11 se acostaba pero a la 1 se levantaba de nuevo, para su hora de meditación nocturna, conforme a los Ejercicios de San Ignacio a los cuales fue fiel hasta la

muerte. Unas pocas horas más de sueño y, de nuevo, el despertador sonaba estridente para recordarle que una nueva jornada ya estaba empezando.

Don Carlos empezó a hacer cosas, a crear obras, a evangelizar a unos y a otros, a mandar también, a los 14 años. A esa edad ya era presidente de la Congregación Mariana de su Colegio de San Ignacio y con un grupo de compañeros que fueron sus amigos de toda la vida, fundaba el Patronato de Santa Filomena. Allí él vivía entre los pobres, servía a los pobres, compartía con ellos, se hallaba en su ambiente. Allí él hubiera querido vivir siempre: le gustaban la sencillez, el contacto con la gente, el servicio apostólico, su misión de sacerdote totalmente entregado a su ministerio.

De allí lo sacaron, sin embargo, para hacerlo director espiritual del Seminario, donde dejó su huella en centenares de jóvenes sacerdotes que apreciaban su disponibilidad a toda hora, su dirección espiritual alentadora, sus retiros que iluminaban y enfervorecían.

Luego le confiaron la dirección de un importante diario, luchador y formador de las conciencias, que se publicaba en Santiago y en las principales ciudades de Chile. Hasta que le impusieron el cargo de Rector de la Universidad Católica, un capullo recién brotado que él transformó en un árbol frondoso, con su talento, con su esfuerzo y, más que nada, con el testimonio de su pobreza y de su penitencia, de su humildad y de su santidad.

Don Carlos era un hombre de fierro. La víspera del día en que habían de someterlo a una grave operación, le hicieron ver los médicos la necesidad de que descansara bien esa noche. Le dieron unas tabletas para dormir. Hicieron apagar todas las luces que pudieran molestarlo. A la mañana siguiente, al venir a buscarlo para llevarlo al quirófano, lo encontraron en su cama, todo desfigurado y quejumbroso. Don Carlos

había escondido su despertador debajo de la almohada y, a media noche, como de costumbre, se había levantado para orar en la capilla. En medio de la oscuridad tropezó, se cayó y se hirió en la cabeza, en la cara y en el cuerpo. Le costó volver a su cama y allí lo encontraron, contuso y magullado, los cirujanos.

Su personal pobreza le ayudó a dirigir la Universidad y hacerla crecer, con recursos ínfimos. Él cuidaba de cada ampollita. En una oportunidad dio una comida para celebrar a algún profesor que había obtenido una distinción académica. Éramos doce los comensales, entre ellos Pedro Lira Urquieta, que quería y celebraba a don Carlos como ninguno. Don Carlos ofreció la cena. Y resultó que cada uno de los invitados era a la vez festejado, unos por un motivo y otros por otro. “Así ahorra dinero, comentaba riéndose Pedro Lira. Con una sola comida, celebra a doce comensales: los festejados se festejan los unos a los otros”.

El día de La Asunción, en Santa Filomena, el día del Sagrado Corazón, en la Universidad Católica, eran los grandes días en la vida de don Carlos. Después de larga oración, celebraba la Eucaristía con impresionante devoción. Y predicaba con una unción que llegaba a todos, agradeciendo a la Divina Providencia por todos los adelantos que a ella se debían y confiándole todos sus proyectos a futuro, los que al año siguiente se habían cumplido y con creces.

Su inteligencia, su poder de persuasión eran asombrosos. Conseguía con su simpatía y su ascendiente espiritual todo lo que él quería. Y no desdeñaba recurrir al ingenio para lograr sus propósitos. Contaban de un santo sacerdote que se estaba muriendo. Había perdido el juicio: se creía el Espíritu Santo y no quería, por lo tanto, confesarse ni recibir la Unción de los Enfermos. Le pidieron a don Carlos que lo atendiera. En vez de discutirle, aceptó don Carlos que él fuera el Espíritu Santo y le hizo ver que

eso no le impedía recibir los sacramentos: Jesús, le dijo, era también una persona divina y había recibido el Bautismo. ¿Por qué no podía recibir, él también, la Penitencia y la Unción de los Enfermos? Se convenció el moribundo, se confesó piadosamente, recibió todos los sacramentos y murió en paz. Así, por lo menos, se contaba el cuento. Porque en torno a don Carlos se iba elaborando toda una leyenda dorada de milagros sorprendentes que él mismo contaba con naturalidad y sencillez.

Fue don Carlos un gran predicador de retiros espirituales y un gran director de almas. Hablaba muy bien, con una voz bien timbrada, con emoción, con patetismo casi. De esos retiros salían muchos jóvenes para el Seminario o para la vida religiosa. Por eso, sin ser obispo y negándose sin duda a serlo, -se contaba de las muchas mitras que él había rechazado por humildad- don Carlos tuvo en el clero y en toda la sociedad de su tiempo un prestigio y una influencia enormes. Cuando moría un personaje ilustre, católico o descreído, se sabía que don Carlos había estado cerca de él en sus últimos momentos, reconciliándolo con Dios. Y lo mismo hacía con los obreros del Patronato y con sus familias o con quien quiera acudiera a él, buscando la misericordia divina y la paz de su conciencia.

Don Carlos sabía mandar. Sabía lo que quería. Sabía lo que podía pedir y cómo hacerlo. Y lograba todo lo que él deseaba. Nadie se le negaba. Cedían a sus pedidos, muchas veces contra su voluntad, sus intereses o sus deseos, pero quedaban admirados, celebrando el poder persuasivo y la simpatía afectuosa del gran conductor de hombres que fue don Carlos.

Un embajador de los Estados Unidos que estuvo en Chile muchos años decía de don Carlos que era el hombre más extraordinario que él había conocido en Chile. Chile debe conservar vivo su recuerdo. El testimonio de su vida y de su obra es un estímulo para todos. Y especialmente la Iglesia

Católica -en la cual y por la cual vivió- y la Universidad Católica -que fue la pupila de sus ojos- deberían inspirarse siempre en este hombre admirable, que supo unir una inteligencia privilegiada, un temple de acero y una extraordinaria simpatía con una admirable santidad de vida.

Leer la vida de don Carlos escrita con tanto esmero por Pilar Hevia, ha sido para mí revivir algunos de los años más felices de mi vida, cuando, siendo vice-rector de la Universidad Católica, viví con él, colaboré con él y aprendí de él. La lectura de este libro hará bien a quienes lo lean. Les devolverá o les recordará la fe en Dios y la fe en el hombre: la fe en el hombre cuando el hombre se deja conducir por Dios. Don Carlos fue maestro porque fue testigo. Él enseñó con su vida. Y él revive en este libro escrito con erudición, con respeto y con cariño.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena